



Editorial

La dramaturgia de autor se está convirtiendo nuevamente en un epicentro magnético de la creación teatral chilena. Con ello se va completando el círculo de recuperación y fusión de oficios que fuera tan explosivamente desbordado en tiempos de la creación colectiva, en los 70, y del teatro visual en los 80.

Ya conocimos la experiencia del autor participando en un colectivo teatral, retroalimentándose con los ejercicios y búsquedas en el escenario. También, al director que realiza la dramaturgia a partir de otro texto-fuente, incluyendo habitualmente las propuestas de los actores. La alimentación recíproca escenario/texto teatral encuentra múltiples modalidades que incluyen, en el trabajo de la palabra, su potencialidad o prueba escénica.

Asistimos actualmente en Chile a un estímulo de la escritura teatral, manifestada en múltiples concursos y talleres. Ellos han visto el retorno del autor puro, aquel que se sienta en soledad frente a sus propios fantasmas a elaborar un texto para ser representado. La ausencia hoy de un discurso aglutinador y unívoco enfrenta a cada cual a sus perplejidades y obsesiones, e impulsa a muchos a la escritura teatral. Buscan en ella la expresión de una subjetividad en tensión, dar forma a un mundo interior que refracta un imaginario latente en este/todos los tiempos. Carga a sus espaldas, por cierto, todo un bagaje de códigos dramaturgicos, con los cuales dialoga y propone su propia versión o sub-versión.

En el caso de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, el estímulo y fomento de la escritura dramática entre quienes se preparan para ser actores tiene ya una larga tradición. Pero no se confunden ambas experiencias, sino que se pone al novel actor ante la resistencia de la hoja en blanco: la palabra será su única herramienta expresiva. Ese actor sabe cómo el texto movilizaba todo el proceso teatral, cómo se hace acción en el escenario, cómo entra en diálogo con los intérpretes que lo corporizan, centralmente el actor, también el director y el diseñador. Desde esa anticipación de lo escénico, ya experimentado en su propio organismo, escribe. Escribe completa y acabadamente el texto ficcional.

Algunos alumnos descubren una vocación y talento para este oficio. Quizás, le dedicarán en el futuro parte importante de su energía creativa. De aquí que, como culminación de esa experiencia, la Escuela de Teatro organice ya por segunda vez un Festival de Autores Jóvenes, poniendo profesionalmente en escena las mejores obras de una generación. Se completa así parte importante de su proceso: el de su teatralización y confrontación con el público y la crítica.

Con la publicación en Revista Apuntes N° 114 de los textos de las obras de este II Festival de Autores y la reflexión crítica de éstos y sus montajes, desde distintas voces, se completa aún más la experiencia. Se la vuelve también a su punto cero: al texto, para que se defienda por sí solo, para que motive futuras puestas en escena, explorando su potencial escénico diverso.

Contextualiza este reportaje sobre la creación joven un revelador ensayo sobre el clima cultural que envuelve, en el Chile de los 90, a los creadores teatrales, realizado por dos egreadas de nuestra Escuela. Asimismo, exponemos la poética y experiencias de la Cía. La Puerta, ejemplo de los logros de un grupo joven persistente, riguroso e inspirado.

Como tema de reflexión, ofrecemos una síntesis de la investigación sobre ética y creación artística coordinada por la profesora Consuelo Morel, basada en conceptos emanados de la Iglesia Católica. Finalmente, un recuerdo y homenaje a dos grandes y queridos hombres del teatro universitario: Sergio Aguirre y Hugo Miller.

M.L.H.